

Un pueblo no vive de verdad más que en sus pasiones y por ellas

Para llevarle a la historia, hay que obligarle a correr a campo traviesa,
en busca del pan espiritual

Salto el sembrador a sembrar su semilla, y al sembrarla, una parte cayó en el camino y fué pisada, y las aves del cielo se la comieron.

(Evangelio, según Lucas, VIII, 5.)

Los caminos, tan útiles para el transporte de los frutos, son infecundos para que en ellos prenda la semilla que los produce. ¿A quién se le ocurriría sembrar trigo o alfalfa en una carretera? Como a nadie se le ocurre caminar por los surcos. Por los surcos sólo se anda cuando se va a sembrar o a segar y recoger la mies.

¿Quién no ha podido ser alguna vez testigo de la empeñada lucha del labrador contra el camino de servidumbre de paso, y cómo cada año mete por él la reja del arado para reducirlo, y cómo cada año las pisadas de los transeúntes le muerden y merman los surcos de sembradura? Y el labrador sabe bien—¿no ha de saberlo?—que sin los caminos de transporte no podría abonar y avalorar su sembradura, como sabe el hombre de los caminos que si éstos no llevarán a los surcos no llevarían a parte alguna. ¿De qué serviría un suelo que no fuese más que una red espesa, una apretada malla, un tejido de caminos? Y sin embargo, el mar, que es lo que más se acerca a tal tejido, es en cuanto a producción directa, y prescindiendo de la pesca, estéril. En un pelado islote puede morarse un hombre de hambre, y no se muere en un oasis sin caminos, perdido en medio del desierto, que es también todo él, el desierto, camino.

El hombre del camino se convierte fácilmente en el hombre del desierto; es el trashumante, el beduino.

Mira bien que no echés tus ideas, si son ideas vivas, es decir, semillas, y no cadáveres de ideas, o sean monedas, en medio del camino y para los hombres del camino, para los espíritus itinerantes y lógicos que van siempre a alguna parte y a quienes siempre se les espera en alguna posada. En el camino puedes echar monedas, seguro de que los caminantes se bajarán a recogerlas para comprar luego trigo, o mejor pan ya hecho, con ellas; pero no se te ocurra sembrar trigo en los caminos.

Para sembrar trigo en el camino habría que romper antes éste con la reja

menos permanentes que de esa revolución o esa guerra se logra:

«¡Soluciones!, ¡soluciones!», grita el hombre del camino al sembrador de sentimientos, de inquietudes, de ansias, de quejas, de anhelos. Y como no le da soluciones, lo que él llama así, es decir, dinero, dice que predica, pero no da trigo. Pero el trigo es la pasión, porque de ella vive el hombre. ¿O es que acaso no habría vivido la Cristianidad, las Cruzadas, aunque no se hubiese llegado a conquistar el sepulcro del Cristo y aunque este sepulcro no existiera?

Y aun tratando del trigo mismo, lo que importa es vivir el hambre.—¿Vivir el hambre?—¡Sí, vivir el hambre! Vivir el hambre y no matarle. No es una revolución la que se hace para matar el hambre, o, por lo menos, no es una revolución histórica, espiritual. Será, a lo sumo, un terremoto social que en rigor no pertenece a la historia; un motín. La revolución histórica es la que se hace viviendo el hambre; el hambre espiritual, se entiende. Y hasta la material si es preciso. Un pueblo no vive de verdad más que en sus pasiones y por ellas.

Hay una expresión terrible que encubre la concepción antihistórica, materialista o puramente animal de la vida de un pueblo, y esta expresión es la de «hacer la felicidad del pueblo». Se puede hacer la felicidad de una colonia, de un hormiguero o la de un rebaño de ovejas, aun esquilándolas y ordeñándolas y comiéndose sus cordeiros; lo que no cabe hacer es la felicidad de un pueblo de hombres, si éstos han de ser hombres, sujetos de historia y de anhelo.

O es que acaso en eso que se llama agitación y exaltación y locura colectiva, se oculta una felicidad más alta. El que sabe vivir su dolor y no sólo aguantarlo; el que sabe superar su dolor sin suprimirlo, gusta una felicidad más alta que la otra. Y el hambre, de cualquier clase que sea, es un dolor.

Y para llevarle a un pueblo a la historia, que es llevarle a lo eterno, hay que romperle muchos caminos, metiendo la reja en ellos, y obligarle a correr a campo traviesa en busca del pan de su espíritu.

MIGUEL DE UNAMUNO.



Para sembrar trigo en el camino habría que romper antes éste con la reja del arado, deshacerlo como tal camino, hacerlo intransitable. ¡Y cuántas veces, en años de penuria, no sería lo mejor deshacer los caminos trillados por los pies de los hombres, los caminos de la rutina y de la lógica!

Suele decirse proverbialmente para indicar que un hombre no razona bien, que discurre con los pies, y, sin embargo, en el más estricto y literal sentido, todos discurremos con ellos. Y hasta en otra acepción metafórica, o más bien simbólica, discurremos con los pies de la inteligencia y sobre los caminos de la lógica. Cuando no son éstos los que, como sobre rieles, nos llevan. Y hay quien no anda, no discurre, sino rueda o se desliza.

Si en vez de moneda traes trigo vivo y fecundable, dedícate primero a roturar caminos, a romperlos; dedícate a disociar los hábitos de pensar y de sentir de los hombres que te rodean.

¡Qué inútil, qué absolutamente inútil resulta lo más de nuestra predicación! «Una cosa es predicar y otra dar trigo», dice el proverbio vulgar; pero si les das trigo te piden monedas, y si te lo toman es más para venderlo y hacer con él dinero, que no para alimentarse. Tienen más ansia de oro que hambre de pan, y hasta hay quien se deja morir de hambre por avaricia. Le piden ideas, que pueden cambiar por otras, porque juegan a eso, a cambiar ideas y a jugárselas, como se cambia naipes de la baraja; pero te rechazan ideas de que sea posible alimentarse directa e inmediatamente. El hombre del camino quiere más ir cargado con un saquito de oro, que con muchos sacos de trigo.

En política, por ejemplo, los programas, las fórmulas, las leyes, las medidas de gobierno no son trigo, sino a lo sumo dinero para comprarlo, aunque de ordinario no se compre trigo con él. El trigo en la vida política o civil, en la historia de un pueblo, son las pasiones, los ensueños, las ansias, las esperanzas; el trigo es la exaltación pasional, el amor y el odio. Y el que da trigo al pueblo no es el que le da leyes, sino el que le enciende las pasiones y le hace vivir en ellas. Un pueblo durante una gran revolución o una gran guerra vive de las pasiones y de los sentimientos que esa revolución y esa guerra avivan, y no vive luego, sino que vegeta, de las instituciones más o

